

## XXVII

## El Eclesiástico.

Arrullado por las ilusiones mas bellas; rico y feliz con la esperanza de poseer á Teresa, el capitan Manuel se acostó, y durmió un sueño profundo, tranquilo y delicioso; y muy de mañana se levantó y llamó á su asistente.

—Sabes que tu capitan es muy rico? le dijo en cuanto le vió entrar.

—No sé nada, mi capitan, contestó el asistente.

—Pues hoy mismo mudamos de casa, y vamos á vivir á la calle de San Francisco; tengo mas de veinte mil pesos á mi disposicion, y ya no tendrás necesidad de molestar á las vecinas para que te presten lavamanos y vasijas, y....

—Y podrá decirme mi capitan ¿cómo ya hoy es ri-

co, cuando ayer,..... dijo el asistente, bailándole los ojos de placer.

—Eso no te importa á tí: lo que te importa es que yo te participe algo de mi fortuna: toma ese par de onzas para que te compres ropa.

Manuel sacó de la bolsa muchas onzas, y de ellas dió dos al asistente.

—Pero á mi capitan le harán falta, dijo el soldado con timidez

—Obedece y calla, le interrumpió Manuel: la Ordenanza manda que jamás repliquen los inferiores á los superiores.

—Está muy bien, mi capitan, dijo Martin tomando con una mano las dos onzas, y llevando la otra á su frente en señal de respeto.

—Oye, no te marches aún, que tengo órdenes que darte.

—Mande vd., mi capitan.

—Tráeme todo lo necesario para lavarme, y cuando devuelvas los trastos, da estas seis onzas á esas buenas chicas, que tanta simpatía me tienen, y que me han favorecido en mi pobreza; y diles, que si no fuera porque estoy enamorado perdidamente de una linda muchacha, ellas serian mis preferidas y el ídolo de mi corazon. Reparte luego entre las viejas de la vecindad todos estos muebles, y tú cójete mi colchon y la poca ropa blanca que tengo; concluido lo cual, te irás á nuestra nueva casa, calle de San Francisco, adonde solo llevarás mi montura y los enseres de limpiar los caballos.

—Pero, mi capitán, si no hay caballos que limpiar.

—Tonto! hoy mismo buscarás un par de lo mejor que haya, cuesten lo que costaren.

Martin abrió tamaños ojos, y meneaba la cabeza, como dudando, pareciéndole que era presa de una pesadilla.

—Qué! ¿dudas, bribon? le dijo Manuel.

—No, mi capitán, no dudo. . . . . lo que sucede es que tengo mucho gusto. . . .

—Bien! haz lo que te he dicho.

Manuel se lavó, se vistió y salió á la calle; recogió su dinero del montero, lo trasladó á una casa de comercio, pagó los gastos que habia hecho el dia anterior, y se fué á la casa de la calle de San Francisco, en donde ya estaban colocados los elegantes muebles, y el coche á la puerta. Arturo llegó á pocos momentos, y ambos se dirigieron á la calle del Puente Quebrado, á ver al eclesiástico.

Fueron introducidos por la anciana que los recibió la primera vez, á una pieza pequeña, cuyos muebles, que eran muy sencillos, estaban perfectamente limpios: en las paredes habia algunas pinturas bastante buenas, de la escuela española; y en una mesa de carpeta de paño burdo azul, varios libros y un Santo Cristo hermosísimo, de la famosa escultura guatemalteca: todo lo que habia en el aposento estaba colocado con tal simetría, y todo tan aseado, que daba la mas perfecta idea de que su dueño era un hombre virtuoso y de costumbres sencillas. Los dos jóvenes se

sentaron, y á poco salió el eclesiástico, el mismo que hemos visto asistir á la aventura de Teresa, y cuya dulce fisonomía y maneras suaves no habian cambiado en lo mas mínimo: parecía que aquel hombre gozaba de una tranquilidad inalterable, y que las escenas tristes que habia presenciado, no habian dejado huella alguna en su corazón.

—Señores, buenos dias, dijo al entrar. Disimúlenme vdes. que los haya hecho aguardar; pero estaba tomando una poca de sopa, que es el alimento que tomo á estas horas. ¿Gustan vdes. de tomar alguna cosa? El alimento será frugal, pero es ofrecido de muy buena voluntad.

—Gracias, señor, le contestó Arturo: nuestro objeto es tener una conferencia con vd., sobre asuntos importantes á la tranquilidad de mi amigo el capitán Manuel. . . .

—Servidor de vd., dijo el capitán, haciendo una ligera cortesía.

Y yo de vd., caballero, contestó el eclesiástico; y luego, volviéndose á Arturo, le dijo: estoy dispuesto á lo que vdes. gusten; y aunque soy un eclesiástico aislado y retirado del mundo, tendré el mayor placer en serles á vdes. útil en algo. Aquí vivo solo con una pobre anciana que me cuida; de suerte que nadie nos puede escuchar ni interrumpir.

—Pues, señor, prosiguió Arturo; el capitán es el novio de Teresa.

—Teresa! interrumpió el padre algo alarmado.

—Sí, señor; de esa infeliz criatura, que engañada

por su tutor, hubiera sido víctima una noche, á no haber sido por la intervencion de vd.

—Pero, ¿cómo es posible que sepais...

—Estamos impuestos de una parte del suceso; pero no sabemos la manera con que logró libertarse. Lea vd., dijo Arturo, presentándole la carta al eclesiástico: ella misma se refiere á vd., no solo para la explicacion de lo que pasó, sino para que nos aconseje el modo de obrar.

El eclesiástico leyó con mucha atencion la carta de Teresa, y devolviéndola á Arturo, dijo: Es un duro compromiso para mí.

—Creo que ninguno podrá resultar, dijo Arturo, porque el capitán ama sincera y lealmente á Teresa: vd. juzgará, al ver dos jóvenes *á la moda*, como suele decirse, que se trata de una aventura escandalosa de amor: nada de eso; Manuel desea que Teresa sea su esposa: los amores que desde muchos años han tenido, son lícitos, y jamás ha imaginado manchar la inocencia de una criatura desgraciada y por mil títulos amable.

—Lo entiendo así, y sobre este particular ninguna objecion tengo que hacer; por el contrario, seria para mí un verdadero placer, el contribuir de alguna manera á la felicidad de dos personas que se aman; pero, caballero, cuando se hace un juramento, ¿no debe cumplirse?

—Ciertamente, dijo Arturo.

—Pues yo he jurado no hablar con ninguna persona del mundo una palabra sobre este acontecimiento.

—Pero, ¿merece un hombre infame, interrumpió Arturo con calor, que se le guarden esas consideraciones?

—El hombre es muy miserable, caballero; pero cuando se jura, se toma á Dios por testigo; y á Dios se ofende, si se viola un juramento.

—Es decir, señor, que no podremos saber nada, dijo el capitán.

—Nada, contestó el padre.

—El caso es grave, en efecto, repuso Arturo. Figuráos, señor, una muchacha en un país extranjero, sin amparo ni proteccion alguna, y entregada á las maquinaciones de un hombre depravado; y además, señor, vos sabeis que en todos los países del mundo, y particularmente en este, el dinero todo lo puede.

—Es verdad, el caso es grave, dijo el eclesiástico reflexionando; y yo, en verdad, no sé qué partido tomar.

—El que nosotros tomaremos, como jóvenes y calaveras, será matar al viejo, dijo Arturo, y marcharnos á la Habana; allí recogeremos á Teresa, y... lo demás, Dios dirá. Tenemos tambien dinero, y somos absolutamente libres é independientes: si vd., pues, con prudencia y sabiduría, no se sirve darnos sus consejos, entonces no nos queda mas remedio que tomar el partido indicado.

—No, no, de ninguna manera; eso de nada servirá, porque, segun creo, ese hombre tiene tomadas sus medidas, y vdes. serian perseguidos en la Habana y en todas partes.

—Pues entonces. . .

—Bien, dijo el eclesiástico resueltamente; yo debo tomar en todos casos la defensa del oprimido, porque así lo mandan Dios y la religion católica: voy, pues, á contar á vdes. lo que ha pasado; y Dios, que ve mis puras intenciones, me perdonará el haber quebrantado mi juramento.

—Muy bien, padre, interrumpió el capitán Manuel; vd. es un hombre honrado, que puede servir de modelo al clero.

—Hombre honrado! Modelo! dijo el padre. No, señores, yo conozco que voy á cometer una falta, porque el hombre honrado jamas debe faltar á su palabra, y yo voy á hacerlo.

—Pero si lo haceis, interrumpió Arturo, es para proteger á los perseguidos: esa no puede ser una falta, señor.

—Eso puede servir de disculpa; pero como yo conozco que vdes. podrán hacer lo que el mundo llama una calaverada, y la religion un crimen, quiero evitarlo, por una parte, y contribuir por otra, á dulcificar la suerte de esa niña, que me causa un vivo interes.

—Gracias, señor, mil gracias, interrumpió el capitán algo conmovido, y acercando su silla.

—Ustedes saben parte del acontecimiento?

—Sí, señor, respondió Arturo; yo ví cuando el viejo apoyó el cañon de una pistola sobre la frente Teresa; yo ví cuando ella se arrodilló para confesarse. . .

—Pero ¿cómo, si vd. lo vió todo, no procuró evitar. . .

—Desgraciadamente no pude hacerlo; yo lo vi todo por el agujero de una puerta; pero la puerta estaba cerrada, y aun cuando yo hubiera sacado las fuerzas de un leon para derribarla, me ví arrebatado violentamente por un amigo, que fué el que me llevó al paraje en donde pasó la escena. Salí como loco, y en la puerta encontré á un hombre que me impedía el paso; alcé mi baston, le dí un fuerte golpe en la cabeza, y réconoci despues al capitán Manuel.

—Es el caso mas singular que he oido en mi vida, dijo el eclesiástico. Proseguid.

—Arturo contó su viaje á Veracruz, su encuentro con Teresa en el camino, sus explicaciones con el capitán; en fin, todo lo que el lector sabe ya.

—Terribles acontecimientos! dijo el eclesiástico cuando acabó de oir la relacion de Arturo; y yo juzgo que ese amigo debe tener gran parte en ellos.

—Así lo creo yo, interrumpió el capitán con cólera: á ese maldito italiano, á ese aventurero pícaro, á ese Rugiero que se mezcla en todos nuestros asuntos, le he de arrancar el corazon.

—Paciencia y calma, amigo mio, dijo el padre: la felicidad se consigue de otra manera, no con el crimen, que solo produce remordimientos.

—Pero, padre, le contestó el capitán, ¿puede haber paciencia para tolerar tamañas injurias?

—Vd. habla como militar; pero yo, como eclesiástico, no debo predicar mas que paciencia, resignacion, confianza en Dios, ¿no es verdad, caballero?

—Es verdad, señor, replicó Arturo: además, yo

puedo aclarar ese asunto con Rugiero, y acaso nos podrá servir de algo, porque es hombre de astucia y de talento. Si en efecto se ha portado mal, abandonaremos su amistad, y nos manejaremos en lo sucesivo con mas cordura.

—Me parece muy bien, continuó el eclesiástico; la prudencia es siempre el mejor medio; y ahora que he escuchado á vdes., estoy resuelto á decir lo que pasó.

El padre comenzó su relacion de la manera siguiente:

Fuí llamado para confesar un moribundo; y en cumplimiento de mi deber, acudí en el acto al lugar que se me indicó: me encontré con que en vez de un moribundo, se trataba de confesar una jóven hermosa y cándida, y que estaba en la flor de su vida.

—Todo esto lo sabemos, interrumpió Arturo, y tambien lo que dijo á vd. el tutor.

—Pues bien, continuó el padre; despues de haber oido la confesion de la jóven, y queriendo, aun á costa de mi vida, evitar el horroroso crimen que se trataba de cometer, salí á echarme á los piés del tutor, y á pedirle, en nombre de Jesucristo, que variara de resolucion, y que restituyera á esa criatura á su casa, y la dejase obrar conforme á su voluntad y á su albedrío. El hombre, furioso, y poseido sin duda de Satanás, no quiso escuchar mis súplicas, y se lanzó con una pistola en la mano al cuarto donde estaba Teresa: yo me quedé un momento, sin saber qué resolucion tomar; pero escuché un grito, y entonces involuntariamente, é impelido por un movimiento ner-

vioso, me lancé al cuarto, y llegué á tiempo para desviar la pistola de la frente de Teresa, y que la bala fuese á dar á la mampara, desde donde vd., señor Arturo, probablemente habia presenciado parte de la escena.

—Fuego del cielo! exclamó Arturo, ¿conque quiere decir, que bien me podria haber entrado la bala por el ojo con que yo miraba por el agujero de la mampara?

—Tal vez, contestó el eclesiástico.

—Entonces no cabe duda en que Rugiero me salvó la vida.

—Es muy posible, contestó el padre.

—Continuad, señor, dijo Manuel, que sin mover los ojos estaba atento á las palabras del eclesiástico.

—Todo fué obra de Dios, prosiguió este: el tutor, furioso como una hiena, sacó inmediatamente otra pistola, y la dirigia ya contra mí, cuando un jóven robusto, y que tenia trazas de ser un sirviente doméstico, cogió fuertemente los dos brazos de D. Pedro, y sacudiéndole con fuerza, hizo que el arma se le cayese de sus manos. ¿Cómo entró este hombre? ¿dónde estaba? es lo que yo no sabré explicar: despues solo he sabido que es criado de D. Pedro, porque el manco es mudo. Don Pedro, lleno de rabia, proferia horrendas maldiciones, y como un endemoniado arrojaba espuma por la boca, y se retorcia como una culobra; pero todo en vano, porque el criado lo tenia asido como con unas tenazas de hierro: yo no sabia lo que pasaba por mí, y Teresa, por su parte, pálida y temblando, estaba inmóvil como una estatua.

—Pobre Teresa! interrumpió el capitán con los ojos llenos de lágrimas. Oh! padre, padre! ese hombre no paga ni con mil vidas que tuviera: yo siento aquí en el corazón una cosa que no me dejará ser feliz sin la venganza.

—La felicidad, caballero, está en la virtud únicamente. Hay en el cielo un Dios que nunca deja sin castigar los crímenes; y Él castigará á D. Pedro, que es realmente un asesino; si no fuimos sus víctimas Teresa y yo, fué porque el Señor de los cielos no lo permitió.

—Proseguid, señor, dijo Arturo, á quien, como debe suponerse, le interesaba también esta narración.

—Creo que como un cuarto de hora permaneceríamos todos en la posición que acabo de describir, hasta que D. Pedro exclamó con una voz convulsa:

—Oh! me muero, me muero!

Sus facciones se desencajaron, sus labios se pusieron blancos, y sin fuerzas se dejó caer sobre el mudo, que lo tenía fuertemente asido. Yo al principio creí que los esfuerzos que había hecho para desasirse, y la cólera que lo ahogaba, habían agotado sus fuerzas; pero notando que su respiración era trabajosa, y que arrojaba espuma sangrienta por la boca, me acerqué y le dije:

—La cólera, señor D. Pedro, ha originado sin duda este ataque: ya veis, Dios os ha castigado inmediatamente, por la abominable acción que íbais á cometer.

—No, no es la cólera, respondió con una voz apagada; es un veneno, sin duda, porque siento un infier-

no en el estómago: me muero; pero no es Dios el que me mata, sino la infamia de los hombres: este pícaro mudo, sin duda me habrá envenenado. . . . . Oh! qué ardores tan horribles! exclamaba, retorciéndose y dando gritos.

—Bien, señor D. Pedro, le dije con cuanta dulzura y suavidad me permitía el estado de turbación en que me hallaba; es preciso ahora arrepentirse de los actos de violencia que ha cometido vd. contra la sociedad y contra Dios. Quizá pocos momentos quedan á vd. de vida, y es necesario aprovecharlos; todo lo que existe en este mundo es humo y vanidad; y lo que sigue en la otra vida, después del juicio inexorable de Dios, es eterno.

Me pareció que estas razones penetraban en el corazón de D. Pedro, y continué:

—Tampoco, amigo mío, la felicidad de esta vida se consigue por medios violentos y criminales. ¿Cuál sería el remordimiento que destruiría el corazón de vd. si hubiera asesinado á esta niña inocente, á mí, que venía en la creencia de ayudar á un moribundo á salir de esta tierra de duelo y de lágrimas? No me he engañado, D. Pedro; y Dios acaso me ha conducido aquí para salvar su alma: vamos, amigo mío. . . . que esta niña vuelva á su casa; déjela vd. obrar con libertad. . . . y yo oiré la confesión de vd., y abriré para su alma la misericordia de Dios: no hay pecados, por grandes que sean, que no los borre un arrepentimiento sincero.

Sí, sí: haré todo lo que vd. quiera, padre; pero an-

tes es preciso que vd. me jure, por Jesucristo, que lo que aquí ha visto no lo revelará á nadie de este mundo.

Mirando que cada vez se debilitaba mas la voz de D. Pedro, y temiendo que muriese impenitente, le respondí:—Muy bien; juro por Jesucristo, que á nadie diré lo que ha pasado.

—Ahora, para que pueda yo arrepentirme sinceramente, me dijo, es menester que esta mujer me jure que nunca, nunca, se casará con ese pícaro y prostituido oficial que llaman el capitán Manuel.

El capitán, al oír esto, hizo un movimiento de cólera, y se tiró fuertemente del bigote: Arturo, que lo observó, no pudo menos de sonreír; el eclesiástico continuó:

—Reflexione vd., señor D. Pedro, que al juez que juzga, no se le imponen condiciones: su alma de vd. está en peligro de eterna condenación, y el ministerio sagrado que ejerzo en la tierra, me obliga á procurar su salvación.

—Pues en ese caso, dijo D. Pedro, prefiero mi condenación eterna: no, no quiero abrigar en este momento en mi cabeza la idea de que Teresa pueda ser de ese malvado capitán; y no uno, sino mil infiernos prefiero, á verla unida con él.... Retiráos, padre, idos de aquí.

—Yo, desesperando de convencer á esta naturaleza infernal y depravada, me levanté, é hice un movimiento para marcharme; pero Teresa, que habia permanecido inmóvil, mirando con los ojos fijos y espantados esta escena, me tomó por la mano y me dijo:

—Os vais, padre, os vais, y me dejais aquí sola, en esta casa, con un moribundo? ¡Oh! no.... yo me condenaria también si fuese la mujer de este hombre.

—Silencio, Teresa! no os abandonaré; pero es menester que hagamos algo por el alma de este infeliz: mirad, su rostro está muy desfigurado, y acaso esta noche morirá.

—Sí, padre, haré todo lo que queráis, menos jurar lo que este hombre desea.

—Padre, dijo D. Pedro, si Teresa jura no hablar nada de lo que ha pasado, ni ser esposa del capitán, yo la pondré en posesión de sus bienes; la amaré, y la tratará con el cariño de un padre.

—La niña no dirá nada de lo que ha pasado, le contesté yo; pero tampoco debe vivir con vos, después de esta escena, ni puede jurar el no casarse.... pero todo esto se arreglará después.

—Sí, después.... cuando esta mujer salga y vaya á denunciarme, y á contarle todo á su amante, para que á la hora de mi muerte tenga mi casa rodeada de esbirros y de escribanos.... No, no; quiero morir siquiera con el placer de la venganza, aunque una legión de diablos se lleve mi alma.

Al decir esto, hizo un esfuerzo violento para levantarse y tomar la pistola que estaba en el suelo á poca distancia de él; pero el mudo le volvió á sujetar fuertemente, y cayó de nuevo en un profundo abatimiento. Yo retrocedí espantado, pues no concebía que la depravación pudiese llegar hasta ese extremo: el mudo me hizo una señal de incredulidad, como si hu-

hiera querido decirme: este hombre no está malo, y es una serpiente que en cuanto pueda mover la cabeza morderá. Yo participaba de esa convicción; pero como veía su rostro horriblemente desfigurado, temía por su vida; y así, armándome de paciencia, y queriendo sacar partido de las circunstancias, me acerqué, y continué:

—Señor D. Pedro; sin duda el infierno se ha apoderado de su alma de vd., pues veo que aun intenta cometer un crimen, cuando positivamente está vd. en las orillas del sepulcro, pues su fisonomía está cadavérica.

—Sí, sí, el estómago me arde, como si tuviera llamas dentro: este verdugo que me tiene asido, me ha envenenado. . . . Lo perdono.

—Bien, muy bien, dije con mucha alegría; esa palabra que ha salido de la boca de vd., me hace concebir la esperanza de que la misericordia de Dios aun puede venir sobre el pecador. Ahora voy á proponer á vd. un medio eficaz, para que todo se arregle: esta niña nada dirá de lo que ha pasado: yo la llevaré á una casa segura, donde permanezca en depósito, y allí no la verá nadie mas que yo: cuando vd. sane de este ataque, entonces determinaremos con mas calma sobre su suerte.

—No; en un depósito, no: el capitán le escribirá, la arrebatará de allí, y me pondrán pleito; y mi reputación. . . . ¡Oh! no; eso es lo mismo que nada. . . . dentro de pocos días todo se sabrá. . . .

—Entrará en un convento.

—Tampoco, tampoco, dijo D. Pedro.

—Pues entonces, D. Pedro, le dije resueltamente, he cumplido con mi obligación, y dejo á vd.; pero me llevaré á esta niña, porque tambien Dios me manda proteger al inocente y al perseguido.

—Así que D. Pedro vió mi resolución, lo que no pudieron las palabras persuasivas de la religion, lo pudo el temor.

—Padre, me dijo, veo que vd. tiene mi suerte y mi reputación en sus manos, y debo hablarle francamente: creo que estoy envenenado, pues estoy sufriendo dolores agudísimos; pero creo que no moriré. De lo que estoy persuadido es, de que este lance se descubrirá, y de que entonces. . . . Para evitar esto, lo que me ocurre y á lo que accedo es, á que esta misma noche se marche Teresa en la diligencia de Veracruz y se embarque para la Habana; y que vdes. me juren de rodillas, y por el Dios que adoran, que nada se sabrá de esto: el mudo no puede hablar, y de este nada temo. Si vdes. me prometen esto, yo juro, en cambio, arreglar los asuntos de Teresa; ponerla en posesión de sus bienes, y dejarla en libertad para que se case con quien quiera.—He cometido muchas faltas, arrasado por mi insensata pasión á Teresa y por mis celos; pero todo se olvidará; de todo me arrepentiré.

En cuanto á Teresa, oyó este razonamiento del tutor, y exclamó:

—Sí, yo todo lo olvido, todo lo perdono; no diré jamas, jamas, nada de lo que ha pasado; y mi iré donde quieran, al fin del mundo, si fuere necesario, con tal de tener algun día una esperanza de felicidad.

—Yo lo oís, D. Pedro, dije yo; Teresa promete todo lo que queráis; Teresa se marcha.... ¡Pero sola, sin un compañero!

—Sí, sola.... sola.... dijo ella; de cualquiera manera.

—Pues bien, padre, dijo D. Pedro; á vuestro cargo queda disponerlo todo: id á mi casa por mi coche.

Yo lo que queria era que se concluyese esa penosa escena; y Teresa, que lo que deseaba era huir de la presencia de su tutor, nos entendimos con una mirada, y haciendo señal al mudo para que se quedara, salí, y volando fuí por el coche y volví á poco rato. A D. Pedro, casi cargado, tuvimos que meterlo, y Teresa y yo entramos tambien en él: cuando llegamos á la casa, dejamos á aquel en su lecho, y ordenamos que se llamase un facultativo. Teresa recogió algunas piezas de ropa de las mas necesarias, así como algun dinero, y nos marchamos á la casa de Diligencias, en la que felizmente se encontró un asiento en la diligencia de Veracruz.

—Y bien, señorita, dije á Teresa cuando estuvimos solos en uno de los cuartos; lo que ha pasado me ha parecido una vision infernal: aun dudo si es cierto, ó es un sueño.

Teresa no me contestó, sino que se echó á llorar.

—Pues si no quereis marchar, hay facilidad de ponerlos en una casa de respeto, en donde permanecereis oculta, hasta tanto se tomen providencias para vuestra futura seguridad.

—Recordad, señor, que hemos jurado no descubrir

á nadie lo que acaba de pasar; y aun cuando lo debiéramos hacer, ¿cómo quedaria mi reputacion en el momento en que la justicia tome parte en este asunto? Manuel acaso me aborrecerá, y mi tutor es capaz de inventar las mas atroces calumnias.

Yo me quedé reflexionando un momento sobre las pruebas que se podrian presentar en un juicio para probar el atentado del tutor.

—Y cómo que se pueden presentar pruebas! interrumpió Arturo; yo y Rugiero podremos atestiguar que hemos visto....

—En hora buena, eso podrá ser para mas adelante; pero entonces, yo ignoraba que....

—Es verdad; soy un imbécil, contestó Arturo.

—Padre, me dijo Teresa, yo tengo un horror invencible á mi tutor; y todavía, cuando un mar me separe de él, no me creeré segura. Es muy cruel, continuó sollozando, separarse de un amante, aunque vos que sois un sacerdote, no sabeis lo que es un amor ardiente; pero no veo otro remedio.... Yo quiero huir lejos, muy lejos de aquí; y el cielo he visto abierto, cuando mi tutor propuso que me alejara. Aquí, padre, indudablemente seriamos víctimas Manuel y yo; y aunque lo deje á él aquí; á él, que es mi alma, mi corazon y mi existencia, quiero partir sola, en diligencia, á pié, ó como sea posible. Ya que sois tan bondadoso conmigo, mi único encargo consiste en que procureis que Manuel, venciendo cuantos inconvenientes encuentre, venga á reunirse conmigo á la Habana: yo le escribiré, si Dios permite que llegue con vida, y él

os buscará: aconsejadle entonces lo que deba hacer.

Yo conocí que en efecto lo mejor era decidirse por este paso, y dándole cuantos consejos é instrucciones me parecieron convenientes, me despedí, deseándole en el fondo de mi corazón la felicidad y la calma. Al día siguiente me fuí á ver á D. Pedro, y lo encontré aún bastante enfermo: luego que me vió entrar me tendió la mano y me hizo señas de que me sentara.

—Teresa, le dije, á estas horas está muy lejos de aquí.

—De veras, padre? me interrumpió vivamente.

—Lo aseguro; y tambien, que ni una sola palabra sabrá ninguna persona, de lo que ha pasado. Así, en cuanto á la sociedad, podreis estar tranquilo; pero en cuanto á vuestra conciencia, temo, D. Pedro, mucho, pues habeis ofendido á Dios gravemente.

—Qué quereis, padre? yo estaba poseido de un frenesí, de un rapto de locura; y de veras estoy reconocido profundamente á vuestra caridad, pues vos me habeis salvado el honor, la vida, y... hoy os lo debo todo.

—Mucho me alegro de que penseis así: mi oficio es dispensar proteccion á los afligidos, y ejercer la caridad cristiana con todos mis semejantes, sin tener derecho á su gratitud, sino solo á que Dios me recompense con su infinita clemencia y misericordia.

—Pobre Teresa! dijo D. Pedro, exhalando un suspiro; ahora me pesa que se haya marchado. Seria una buena muchacha, si no tuviera esa loca pasion por ese capitán, que positivamente no hará mas que tirarle

todo su dinero, y hacerla muy desgraciada. Y á propósito, ¿habeis visto á ese capitán?

—No le conozco, D. Pedro: he oido hablar á esa niña de él, y nada mas; pero yo de todas maneras opino que este asunto debe tratarse con prudencia.

—Decís muy bien, y yo repito que he sido un loco y un imbécil en todo lo que hice anoche.

—Recordad, D. Pedro, que habeis prometido poner á Teresa en posesion de sus bienes y dejarla que obre con toda libertad. Yo no tengo ningun interes en que se case con este ó con el otro; pero sí, hablando francamente, creo que con vos nunca será feliz, ni vos con ella.

—Es verdad, dijo D. Pedro con despecho; soy viejo y de una figura repugnante y desagradable; y ella es jóven y hermosa.

—No es esa la principal razon, sino que su corazón, segun he podido comprender de anoche acá, que es cuando conozco á vdes., es de otro.

—Sí, de otro, de otro, dijo D. Pedro con rabia; pero luego, con mucha calma y resignacion, continuó:

—Yo debo vencer mis pasiones, padre, y vuestros consejos me serán siempre de mucha utilidad: vos conoceis ya mi conciencia, mis pasiones, mis pecados, como si me hubiese confesado con vos. ¿Jurais ser mi amigo, jurais hablarme siempre con la energía y verdad con que me habeis echado en cara mis faltas?

—De buena voluntad, le contesté yo, y en eso me da vd. un verdadero placer.

—Gracias, mil gracias, me dijo, estrechándome la

mano; vos sois el consuelo de los desgraciados, y yo tambien soy desgraciado. En prueba de mi buena fe, os voy á suplicar que escribais una carta, que irá por el paquete, y que servirá á Teresa de recomendacion á su llegada á la Habana.

—Me senté, y D. Pedro me dictó una expresiva carta de recomendacion para uno de los mas distinguidos personajes de la Habana, en que decia, que siendo el viaje de Teresa motivado particularmente por la debilidad de su salud, la asistiera en cuanto se le ofreciese, ministrándole todo el dinero que pudiera, cualquiera que fuese la cantidad. Con mano trémula firmó la carta, y despues me dijo: Ya veis; un hombre que se porta así, no es ni un ladron, ni un malvado.

—Es verdad, D. Pedro, es verdad, le respondí; y os doy las gracias por el interes que tengo en la felicidad de Teresa: creo que ya en lo de adelante no habrá motivo de disgusto, y que todo se arreglará bien.

—Tantos deseos tengo de ello, y tanta confianza en vuestra discrecion, que os doy facultad para que si encontrais al capitan Manuel, arregleis este asunto con él como creais mejor, evitando siempre que llegue al extremo de un casamiento; pero si eso no fuese posible, con tal de poner en tranquilidad mi conciencia, y de borrar mis culpas, accedo á que se casen, y les daré sus bienes, que para los pocos años que me restan de vida, con cualquiera cosa me basta.

Yo, entusiasmado con el lenguaje de D. Pedro, no pude menos que abrazarlo; pero entró el médico y

me despedí, prometiéndole que lo veria con frecuencia, y me dirigí á entregar la carta, que he referido, á la persona que se me indicó. Mi primer cuidado fué buscaros, señor capitan; pero todo esfuerzo ha sido inútil; y lo único que logré saber fué, que habíais sido despachado á Chihuahua por orden del gobierno, lo cual se me confirmó por un empleado del ministerio de la Guerra.

Esto es lo que ha pasado; y ya que en obsequio de todas las personas interesadas en este suceso, he revelado un secreto que debia guardar eternamente dentro de mi pecho, os exijo una sola cosa, y es la prudencia. Decidme, ¿qué juicio formais de D. Pedro?

—El que yo formo, dijo el capitan, y hablando con la franqueza de un soldado, es, que ese viejo es un pícaro y vil escarabajo, que debia ser matado á escobazos por una cocinera, porque no merece ni la honra de que le dé la muerte la espada de un hombre decente.

Arturo sonrió por la calificacion que hizo el capitan, y á su vez dijo:

—Lo que me parece que hay en el fondo del negocio es, que el viejo queria quedarse con el dinero y con la muchacha, y que para eso se valió de una infamia, y quiso hacer una comedia que aterrorizara á la criatura.

—Cáspita! interrumpió Manuel; ¿y el balazo que tiró, y que debia haberte entrado por el ojo?

—Todo eso fué farsa, Manuel, y nada mas: el hombre nunca se habria atrevido á matar á Teresa; y si

tomó la providencia de despacharla á la Habana, fué para disponer á su antojo del dinero, y quedarse rico al fin de la historia.

—Yo no sé, dijo el padre algo ofendido, si seria comedia ó no; lo que puedo asegurar es, que ese hombre estaba frenético, y dispuesto, á mi juicio, á cometer cualquier crimen. Ahora se habrá arrepentido, porque estas cosas son tambien altamentedirícultas para un hombre de su edad y de su reputacion en el mundo: en cuanto á mí, creo que cumplí con mi deber.

—Lo que he dicho, padre, replicó Arturo con mucha jovialidad y dándole suaves palmadas en el hombro, no es por ofenderos: os digo con toda verdad, que sois un excelente eclesiástico, caritativo, amable, de talento, de discrecion y de virtud.

El padre bajó los ojos, y se sonrojó.

Arturo dice la verdad, padre; y aunque hay una gran diferencia entre unos jóvenes mundanos y un eclesiástico virtuoso, creo que seremos amigos: nosotros no tenemos mal corazon; y si cometemos faltas y calaveradas, esto no hará que nos rehuseis, ni vuestros consejos ni vuestra amistad.

—De ninguna suerte, contestó el eclesiástico: seremos amigos sinceros, y os ayudaré de buena voluntad en todo lo que sea justo y honrado: en cuanto á consejos, poca capacidad y experiencia tengo; pero....

—Afuera cumplimientos, dijo con tono de franqueza Arturo: ya somos amigos, y por tanto, la etiqueta no es necesaria. Decidnos, pues, con toda franqueza, cómo se debe obrar en este caso.

—Yo, por las visitas que he hecho posteriormente á D. Pedro, respondió el eclesiástico, me he convenido plenamente, de que el hombre ha cambiado de ideas, y de que está dispuesto á todo: el amor debe de haberse amortiguado con la ausencia; y en cuanto al dinero, que es la pasion que indudablemente lo domina, supuesto que ni Teresa ni el capitán fijan su atencion en él, se puede celebrar una transaccion, que á él lo deje rico, y que á los dos esposos les proporcione con que vivir decentemente; sobre todo, si este caballero corrige un poco sus calaveradas.

—Es dura cosa transigir así con un hombre tan malvado.

—Pero no hay otro arbitrio, dijo el padre, para que esto tenga un feliz término: si vdes. quieren llevarlo por las vías de la justicia, eso es otra cosa; pero creo que les costará mucho dinero; que se ocasionarán escándalos, y por último, que el resultado final se hará esperar mucho.

—El padre dice muy bien, Arturo: yo, en cuanto á dinero tengo ahora lo bastante para algunos años; y con tal de que Teresa sea mia, seré capaz de ceder por mi parte, al viejo, todo el caudal.

—Pues bien, padre, supuesta la voluntad del capitán, ¿qué le parece á vd. que se haga?

—El paso es muy sencillo: el capitán, sin darse por entendido de lo que ha pasado, debe ir á casa de D. Pedro, y tener una explicacion con él.—Probablemente D. Pedro accederá, y entonces el capitán, con licencia del gobierno, se marchará á la Habana: allí se ca-

sará con Teresa, y despues quedará libre, ó para volverse á México, ó para dirigirse á Europa.

—No puede ser mas brillante para mí la perspectiva, dijo el capitan; pero es un paso muy duro tener que humillarse ante un malvado.

—No se trata de humillaciones, ni de bajezas, contestó el padre.

—Pero recordando yo lo que ha pasado, no podria contenerme, y entonces se echaria á perder todo.

—Vamos, dijo el padre, es menester una poca de calma; vos sois un hombre de mundo, y debeis dar este paso con la prudencia que se requiere.

—Por la felicidad de Teresa, á todo me resigno, contestó el capitan.

—Pues bien; puesto que estamos convenidos en esto, dijo el padre, yo quiero que el señor Arturo me haga algunas aclaraciones.

—Las que vd. quiera; y ahora deseo positivamente que vd. me ocupe, para acreditarle mi amistad.

—Muy bien: se trata de un asunto que considero como mio, y en el que vd. me puede servir de mucho...; pero ahora estamos ya fatigados, y yo tengo que practicar, antes de hablar con vd., algunas indagaciones mas: permítanme vdes., pues, que los cite para dentro de tres dias, tiempo en que el capitan habrá tenido ya sus explicaciones con D. Pedro, y en que ya podremos hablar tambien de este asunto.

—Perfectamente, dijeron los jóvenes; y repitiendo al buen eclesiástico sus protestas de amistad y reconoci-

miento, quedaron emplazados para reunirse á los tres dias.

—Es un guapo clérigo, dijo Arturo al subir al coche.

—Estoy encantado con él, aunque creo que podria haber evitado la marcha de Teresa, y puesto en apuros á ese malvado viejo.

—Qué quieres! demasiado hizo, no siendo el interesado. Tú debes estarle muy reconocido.... Pero, ¿adónde vamos?

—A casa de D. Pedro, dijo Manuel: recuerda que el paquete sale pronto; y yo de una vez quiero escribirle á Teresa todo lo que pase.

—Estás seguro de que no cometerás una torpeza, Manuel?

—Sí lo estoy: un hombre rico, feliz y de mundo, como yo soy, no comete jamas torpezas, contestó Manuel con una perfecta seguridad.

—Entonces no hay que contradecirte: esta noche á las ocho estaré en tu casa; tomaré cualquier friolera, y nos iremos en seguida á la tertulia de Aurora.

—Ven un poco mas temprano, y juzgaremos de la habilidad de un cocinero frances que he tomado.

—Convenido.

El coche llegó á la casa de D. Pedro; Manuel entró, y Arturo se fué á su casa á leer el *Judío Errante*, obra que lo tenia preocupado y entretenido sobremanera.

## XXVIII

## El Arrepentimiento.

Para que no se pierda el hilo de esta historia, necesitamos imponer al lector de algunos pormenores relativos á D. Pedro. Luego que estuvo en su recámara, donde hemos visto que lo dejó el eclesiástico, llamó á la cocinera y á la ama de llaves, y casi con las lágrimas en los ojos, les dijo:

—Muchachas, tengo que darles la funesta noticia de que su ama, la virtuosa Teresa, ha partido para San Luis Potosí esta noche misma: el pesar me ha puesto en un estado tal, que me ha sido imposible acompañarla.

—Pero, señor, dijo María Asuncion, que era la ama de llaves, ¿cómo tuvo su merced valor de dejar ir sola á la niña?

—Qué habia de hacer, hijas mías? Es necesaria su presencia en San Luis, para que éntre en posesion de

una valiosa finca de campo que le pertenece; y un solo dia de dilacion, habria ocasionado el que el negocio se perdiera: yo no tengo mas fin que dejar á esta criatura rica y feliz, cuando me muera; por eso, no omito sacrificio, y aun el de mi vida haré, si es preciso.

—Pobre niña! dijo María Asuncion con las lágrimas en los ojos. ¿Cuándo la volveremos á ver?

—Muy pronto, contestó D. Pedro; pero yo quién sabe si lograré esa dicha, porque soy ya de una edad avanzada, y me siento muy malo.... Ya se ve, el golpe ha sido terrible....

—Está su merced muy desfigurado, le dijo María Asuncion.

—Sí, hija mía, estoy bastante malo: haz que entre el médico.

—Sí, señor.

—Ustedes, retírense. ¡Ah!... se me olvidaba; ¿ha venido el mudo?

—No, señor.

—Bien; retírense, y yo las llamaré cuando sea necesario.

El médico entró, tomó el pulso á D. Pedro, y le preguntó lo que sentia.

—Es una fuerte indigestion, contestó el médico despues de haber escuchado la narracion, y creo que hay tambien alguna bilis.

—Todo se ha reunido, doctor, contestó D. Pedro; pues un hombre que, como yo, tiene que lidiar con abogados y con juecés, no deja de hacer sus cóleras, á pesar de que yo por naturaleza soy hombre pacífico.

—Eso, y el haber comido tanta cantidad de sopa de rabioles, ha puesto á vd. en este estado; pero aun es tiempo de calmar el mal. Voy á recetarle á vd. de pronto un vomitivo, y unos pozuelos que tomará vd. cada dos horas: que inmediatamente vayan á la botica.

—Don Pedro sonó la campanilla; María entró, é inmediatamente fueron á la botica por la medicina.

—Conque, dejo á vd., D. Pedro; si alguna novedad hubiere, me mandará vd. avisar.

—Gracias, doctor, gracias; me siento un poco mejor en este momento, y creo que con las medicinas y con un rato de sueño me restableceré.

Como debe suponerse, las medicinas fueron administradas á D. Pedro con tal eficacia y cariño de parte de las criadas, que cosa de las dos de la mañana logró conciliar el sueño. Al dia siguiente amaneció bastante estropeado del combate moral y fisico que habia sostenido, pero demasíado tranquilo respecto de su vida; pues lo de la noche anterior, más que enfermedad, habia sido fingimiento y astucia: él quiso que el eclesiástico mismo le abriera un camino, para terminar de la mejor manera posible la peligrosa tentativa que habia hecho.

—Vamos, dijo el viejo, apoyando su cabeza en la cabecera de la cama; soy el hombre mas imbécil del mundo, y prometo no volverme á guiar nunca por ajenos consejos. En resumidas cuentas, ¿qué he hecho yo? Nada; correr el inminente peligro de caer en las garras de los jueces, y de enredarme en una causa criminal, que me habria perjudicado bastante, á pesar de

que mi reputacion está bien sentada, y de dar materia á esa turba de chismosos y enredadores que se llaman periodistas, para que entretuviesen al público á mi costa. Por lo demas, estoy tranquilo; tengo oro, y este es el medio de ganar los corazones. Si naufraga la muchacha, entonces ya no hay cuestion; la fortuna será enteramente mia, y esto me consolará un tanto de su pérdida; pero si llega sana y salva á la Habana, no dejará de escribir al pícaro del capitan y á todos sus conocidos, y quién sabe si entonces habrá algun resultado.... Lo mejor es alejarla lo mas que se pueda: yo arreglaré mis negocios, y me marcharé á Europa.... Pero es menester actividad en todo esto.

Don Pedro sonó la campanilla, y María de la Asuncion entró.

—Mira, hija mia, tráeme una taza de atole y un poco de azúcar; envia un recado á D. Juan Alonso Quintanilla, diciéndole que me hallo enfermo y que necesito verlo, y despues haz que me llamen á D. Pascual el barbero.

—Se va su merced á rasurar?

—No; mañana acaso lo haré; pero necesito hacerle el encargo de que me busque hoy unas navajas inglesas.

—Muy bien, señor; ¿y cómo se siente su merced?

—Mucho mejor, María: te lo agradezco. Haz lo que te he dicho.

—La criada salió á ejecutar las órdenes de D. Pedro, y le introdujo á poco rato en una curiosa charola, y en brillantes trastos de porcelana, el alimento que habia pedido.

Quintanilla no se hizo de rogar, pues vivía cerca de la casa de D. Pedro.

—Qué es eso, amigo? ¿Vd. en cama? ¿Qué ha sucedido?

—Una indigestion fuerte; pero estoy mejor.

—Me alegro. ¿Qué sé ofrecía?

—Quiero contar á vd. una cosa en reserva.

—Lo que vd. quiera, vamos..... ya sabe vd. que soy su amigo.

—Pues ha de saber que Teresa, de quien sabe vd. que soy su tutor, y á quien he mirado como á una hija, ha cometido la locura de enamorarse de un oficial borracho, jugador y tormentista; de un oficial que es, no solo un calavera, sino un hombre de pervertidas costumbres. Como no habia medio de evitarlo, y temia yo que la muchacha fuese deshonrada; y mi casa, donde hace muchos años no hay mas que recogimiento y virtud, teatro de escándalos muy graves.... me pareció prudente enviarla á la Habana: anoche formé una resolucion pronta sobre esto, y ya la tiene vd. en camino para Veracruz. Ya ve vd., en este país no hay justicia..... estos militares la echan siempre de altaneros y de matones; y luego el fuero....

—Muy bien pensado, dijo Quintanilla, que era un español viejo, de ideas absolutamente cerradas y añejas, y que no concedía á las muchachas libre albedrío para disponer de su corazon y de su mano.

—No le parece á vd. que no habia mas recurso?

—Cómo si habia, dijo Quintanilla! Yo la habria encerrado en un cuarto, y condenado á pan y agua, y ya

habria visto vd. cómo la hambre le habria quitado el amor. En cuanto al calavera, lo que vd. debe hacer es, procurar en la comandancia general que lo manden á un presidio, á la frontera, ó á los infiernos.

—Qué quiere vd., Quintanilla? yo soy muy blando y muy compasivo; yo no puedo contrariar á mi corazon.

—Conmigo habian de topar esos amores: acuérdesese vd. de lo que hice con Micaela la huérfana: la sumí en el convento y la hice profesar: ella lloró, y se desesperó, y dijo que se habia de matar, y.... qué se yo cuántas cosas; pero el caso es que hoy es una santa, y me deberá su salvacion.

—Para evitar todos estos pasos fuertes, yo lo que deseo es, alejar mas á Teresa, porque el capitan es hombre muy resuelto, y es muy capaz de marcharse á la Habana. Los viajes y la ausencia distraerán á Teresa, y quizá en España le podremos proporcionar un hombre que haga su felicidad.

—Bien, bien; una vez que piensa vd. así, hágalo. ¿En qué puedo servirle?

—Quiero que me proporcione vd. una persona que vaya á la Habana, y que haga que Teresa se embarque para Cádiz, y la acompañe. Pero que esta persona sea de mucho secreto y resolucion.

—Pues cabalmente yo puedo proporcionar á vd. una que ni mandada hacer: se llama Bolao; es hijo de aquel gaditano muy honrado y muy gracioso, que tenia la antigua tienda de abarrotes de la calle de Venero. Es dependiente de la casa de nuestro amigo Fernandez,

quien como está entrampado con la quiebra de la casa de Revuelta, lo manda justamente á la isla de Cuba á arreglar ese asunto: yo le hablaré á su amo, y él se encargará gustosamente de servirnos.

—Vea vd.: sería bueno no decirle una palabra, sino darle instrucciones por escrito y en carta cerrada, que no deberá abrir hasta que se halle en la Habana.

—Bien, bien, dijo Quintanilla; todo lo que sea procurar el mayor secreto, es mejor.

—Le pagaremos muy bien; llevará carta abierta para la Habana, dijo D. Pedro; pero lo único que temo es, que se vaya á enamorar de Teresa.

—No, no haya cuidado; y sobre todo, ese peligro tambien lo hay en la Habana, donde hay tanto mozalvete; así es, que para evitarlo, lo mejor será que vd. fuese en persona.

—Imposible, por ahora; estoy lleno de complicaciones: las cuentas están enredadas; y sobre todo, tengo un pleito en San Luis, pendiente de fallo, que perdería yo si me separara de aquí; ¡vamos! en el asunto se versan 150,000 pesos.

—Bien, bien, respondió Quintanilla, los negocios son primero que nada; pero no tenga vd. cuidado; ponga vd. las cartas, y de mi cuenta corre allanar lo demas.

—Perfectamente; fio en vd. Las cartas las tendrá vd. mañana; y agite vd. para que Bolao salga lo mas pronto posible.

—Bien, bien, será vd. servido. ¿Se ofrece otra cosa, D. Pedro?

—Que no economice vd. tanto sus visitas.

—Bien, bien, veré á vd. seguido, cuando me lo permitan los negocios.

El señor Quintanilla salió, y el maestro barbero entró en seguida.

—Señor D. Pedro.... ¿qué ha sucedido?... pobrecito de mi amo, que se halla en cama! ¿Hubo anoche alguna novedad?

—No, ninguna, maestro; una indigestion muy fuerte, eso es todo; pero estoy mejor. Vamos, dame cuenta de la policía.

—Pues, señor, hay cosas muy importantes.

—Dí, cuáles?

—Pues, señor, en las inmediaciones de la casa que vd. sabe, un hombre dió á otro un fuerte palo en la cabeza.

—Y quiénes eran esos hombres?

—A uno no lo conozco; pero al herido sí lo conocí, pues el sereno y yo lo vimos con el farol.

—El sereno?....

—Sí, el sereno, dijo el barbero, pues ya sabe vd. que como le doy sus galitas, y él es un buen muchacho, hace todo lo que yo le digo.

—Y quién era el hombre herido?

Quién había de ser! el capitan á quien mi amo no puede ver.

—El capitan! interrumpió D. Pedro azorado: ¿y quién lo hirió?

—Ya dije á mi amo que al otro no lo conozco.... pero mi amo sabrá....

—Cómo sabrá!..... Gran pícaro, pues ¿qué crees que yo soy un asesino? Si tú y el sereno lo hubieran acabado de matar, era otra cosa.....

—Mi amo, no se enfade; pero como no ha dicho nada.....

—Ni soy capaz de decir; yo lo único que te he encargado, y para lo cual te doy mas dinero del que puedes gastar en tus vicios, es que observes ciertas cosas que poco me interesan, pero que..... necesito saber, para la tranquilidad de una casa virtuosa y recogida como lo es esta.

Mi amo me perdonará, pero yo no le sirvo por dinero, sino por gratitud, porque siempre me acuerdo de que su merced me libró de la muerte.....

No hablemos de eso; ¿qué sucedió con el capitán? murió, ó... Apuesto á que tú y el sereno serian tan infames, que en lugar de socorrerlo, le darian otro palo.

—Ya dije á su merced, que como no habia dicho nada.....

Don Pedro echó una mirada colérica al barbero, y este tuvo que bajar los ojos.

—Responde á lo que te pregunto, sin meterte en mas. ¿Qué sucedió con el capitán?

—Pues á poco rato se levantó; y como un borracho, agarrándose de las paredes, se fué.

Se fué! repitió Don Pedro con cólera; se fué! ¿y adónde?

—A su casa, dijo el barbero.

—A su casa! á su casa! repitió D. Pedro colérico; ¿y dónde es su casa?

—En la calle de...; yo lo seguí.

—Ah! eso es otra cosa, dijo D. Pedro, afectando mucha calma. Yo tenia interes en saber dónde era su casa, porque me gusta hacer bien á los desgraciados. ¿Qué seria de tí, si yo no te hubiera libertado de la horca! Acaso podré dispensarle algun beneficio al capitán. Te encargo que no me lo pierdas de vista, y que procures ponerte en contacto estrechamente con Mariana la lavandera. En cuanto haya algo de nuevo, ven á avisarme.

—Sí, señor, lo haré así..... Pero queria yo rogar á mi amo que me sacara de un compromiso: tengo una deuda de veinte pesos, y es necesario que la pague hoy.....

—Eso es todo?

—Sí, señor.

—Tómalos, y cumple con lo que te he encargado: ahora, retírate.

El barbero quiso besar la mano de D. Pedro; pero este la escondió, y lo despidió con una seña.

El lector debe saber, que este barbero, por un asesinato y dos asaltos en camino real, habia sido condenado á muerte por el juez de letras Puchet, quien rara vez dejaba de aplicar la ley á los criminales: esta sentencia habia sido aprobada por el tribunal superior, y revisada por la Corte de justicia; y el hombre habria ido indudablemente al palo, á no haber sido porque D. Pedro, de quien era antiguo criado, formó capricho en salvarlo. Pero no surtieron efecto en los tribunales sus recomendaciones; y entonces ocurrió

al presidente, general D. Anastasio Bustamante, hombre, como todo el mundo sabe, de excelente corazón, quien indultó al reo, sentenciándolo á diez años de presidio: escapóse luego del camino de Veracruz, en donde estaba trabajando en cumplimiento de su condena: cambió de nombre y de trage, y se mudó en un barrio distinto; y como en México, cuando se fuga un reo, pocas ó ningunas diligencias se hacen para perseguirlo, nuestro hombre logró evadirse del castigo; y despues de algun tiempo se volvió á presentar á D. Pedro, quien siguió protegiéndolo. Despues de ser mesonero, arriero y tendero, vino á adoptar el oficio de barbero, y fué nombrado juez de paz de un cuartel; pero como no olvidaba sus antiguas costumbres, protegía á los rateros, mientras perseguía furiosamente á los ladrones de barrio ajeno; tenia una parte en la direccion de los asaltos de las diligencias; auxiliaba á los contrabandistas á meter sus efectos por las acequias que rodean la ciudad, y era el alma de todos los enredos del barrio; todo lo cual lo hacia con tal maña y talento, que á los ojos del Ayuntamiento pasaba por uno de los mejores alcaldes de barrio. Los vecinos, unos le tenian miedo, y no se atrevian á decir nada contra él; y otros le tenian cariño, porque prescindiendo de las pequeñeces que acabamos de decir, era hombre alegre, franco, amigo de fandangos y de almuerzos, y se llevaba bien con todos los que le ayudaban en sus inocentes picardías. Este hombre, pues, que por reconocimiento y por interes servia á D. Pedro, quien nunca le excusaba el dinero, era el fiel y

ciego instrumento de que este se valia con arte y maña para espiar los movimientos del capitan; y en caso necesario, lo habria empleado tambien para quitarlo de en medio.

Dado á conocer el barbero, seguiremos con nuestra narracion. Don Pedro, cuando volvió á quedar solo, comenzó á vestirse, diciendo:—Es menester enmendarse tanto absurdo y disparate como he hecho: el medio seguro para quedar yo tranquilo, habria sido desembarazarme de Teresa y del capitan; pero como á Teresa la amo, ó mas bien dicho, tengo por ella una ilusion que raya en delirio, es menester trabajar para que dinero y muchacha sean míos. Cuando lo consiga, prometo á Dios ser el mejor de los hombres; confesarme con todo mi corazón; entrar á ejercicios; dar muchas limosnas; edificar á la Virgen de los Dolores una capilla; fundar un hospicio.... Por otra parte, yo obro en esto con arreglo á mi conciencia. ¿Cómo habia de permitir que el dinero que con tanto afan he conservado y aumentado, fuese á parar en manos de un tunante que lo disiparia en el juego y en los vicios mas vergonzosos?.... ¿Ni cómo tampoco puedo permitir que Teresa sea desgraciada? Ella entrará en razon, me amará algo, y todo se compondrá; yo me pasaré en Europa una vida llena de comodidades, y abandonaré este país de revoluciones y de picardías.... A la obra, y á trabajar activamente en el arreglo de todos mis negocios.

Mientras hacia estas reflexiones D. Pedro, acabóse de vestir; se puso una rica bata de seda, y abriendo

un hermoso escritorio de madera de rosa embutida, se puso á escribir lo siguiente:

«Señor marqués de Casa-Blanca.—México, etc.—  
Amigo y señor de mi respeto: Circunstancias graves de familia, que seria largo referir, me han obligado á enviar á mi tutelada, la señorita Teresa N\*\*\* á esa isla, en donde algunos años vivió de niña en union de su mamá (que de Dios goce). Con el fin de recobrar su salud, permanecerá algun tiempo en ese punto, y despues irá á Cádiz, adonde, en breve, trasladaré mi residencia.—¡ Dichosos mil veces los cubanos, que disfrutan de un gobierno justo y paternal, bajo el manto soberano de S. M.! (Q. D. G.) En este país donde se proclama la libertad, se experimenta la mas horrible tiranía; y precisamente tengo que variar de residencia, por librarme de las diabólicas asechanzas de un militar cuyo dañado intento es seducir á mi inocente hija y arrebatarle su patrimonio. No será remoto que se atreva á seguirla á ese puerto; en cuyo caso, amigo mio, espero que vd. empleará su influjo con ese señor capitán general, cuya justificacion es alabada por todos los que le conocen, para que se le eche mano, pues es un tahir de profesion, ébrio consuetudinario, fullero de oficio, y digno de figurar en el gran catálogo de pillos que el inmortal Tacon desterró de Cuba. Yo pongo á Teresa bajo la proteccion de vd. y de las leyes de la isla; y le ruego que para coronar mis afanes de muchos años, no omita gasto ni sacrificio alguno, pues todo se lo recompensará con una eterna y profunda gratitud, su atento afectísimo amigo Q. B. S. M.—P.»

«P. D.—Va una noticia circunstanciada de las señas del militar á que me refiero, y le suplico las haga conocer á la policia de la isla.

«La carta que le acompaño, cerrada y sellada, suplico á vd. que solo la abra en el caso de que un encargado mio se presente á vd. y le enseñe unas instrucciones escritas de mi puño y letra.»

«Señores Spolding Hermanos.—Señores míos: El portador de esta es D. Juan Bolao, que pasa á esa con unos asuntos de la casa de los señores Fernandez, de esta ciudad; y como tambien le he encargado un asunto mercantil, les suplico que, cargándolo á mi cuenta, le faciliten el dinero que pida.—Soy, etc.»

INSTRUCCIONES PARA EL SR. DON JUAN BOLAO.

«En cuanto llegue la fragata «Correo de Cádiz,» tomará pasaje á bordo para dos personas. Tres dias antes de hacerse el buque á la vela, ocurrirá al señor marqués de Casa-Blanca, presentándole estas Instrucciones. Tres horas antes de embarcarse, ocurrirá á la casa que le indique el señor marqués, y allí encontrará una señorita, á quien deberá poner á bordo, sin hacerle una sola explicacion. La acompañará hasta Cádiz, y allí la dejará en la casa que el mismo señor marqués indique. Concluido esto, cuando guste podrá regresar á México el señor Bolao, y pedir, para su uso, á la casa de los señores Spolding Hermanos, diez mil pesos, además de los gastos del viaje. Pero si el señor Bolao no cumpliera con estas Instrucciones, puede contar con que será despedido de la casa de Fernandez,

y perseguido ante los tribunales, por el dinero que indebidamente haya tomado.

« Si cuando llegue la fragata « Correo », no hubiese el señor Bolao concluido su asunto con la casa de Revuelta, entonces tendrá cuidado de tomar pasaje en otro buque que vaya para Cádiz. »

La siguiente carta es la que D. Pedro dirigió al señor marqués de Casa-Blanca, cerrada y sellada:

« Amigo y señor de mi respeto: Sabe vd. que á las mujeres es menester hacerlas dichosas á fuerza. Para esto he comisionado á un sugeto de bastante honradez; pero ha sido necesario ponerle unas Instrucciones duras y precisas, á la vez que estimularlo á la recompensa. Si se portare bien, cuento con que vd. le facilitará todo cuanto sea necesario para el viaje, recomendando á Teresa á una persona de respeto en Cádiz, para que viva en su casa, ó lo que mejor seria, para que la haga entrar en un convento, mientras yo acabo de arreglar mis negocios y me pongo en camino. ¿ Qué no hace un padre por la dicha de su hija? Yo soy viejo, y el dia que Teresa fuera desgraciada, yo moriría. Usted comprende bien mis intenciones, y me ayudará á llevar á buen fin este grave asunto de familia, ya que no hay mas modo de conducirlo que el que he indicado.—Si mi encargado se maneja mal, le retirará vd. el crédito de la casa de Spolding, y le recogerá las Instrucciones, dejándolo que se marche adonde quiera.

« Dispense vd. tanta molestia de su amigo Q. B. S. M. »

Es menester que el lector sepa que este marqués

de Casa-Blanca era un íntimo amigo de D. Pedro, y que debía á este su fortuna; pues habiendo venido á San Luis á reclamar una herencia, D. Pedro con sus relaciones y sus consejos y sus intrigas, lo sacó airoso del pleito: el marqués se marchó al lugar de su residencia, que era la Habana, y nunca cesó de conservar estrechas relaciones con aquel. Luego que D. Pedro acabó de escribir, mandó poner el coche, se envolvió en su capa, y fué personalmente á poner sus cartas en manos de D. Juan Alonso Quintanilla, con lo cual quedó tranquilo.

Los lectores recordarán que restablecido apenas el capitán Manuel, del golpe que le dió Arturo por la equivocacion que saben, fué á ver á D. Pedro, quien le dijo que Teresa se habia fugado con un amante. Tan luego como el capitán salió, D. Pedro tomó su coche y se fué á ver al ministro de la Guerra; y como era hombre de dinero y de grandes polendas, como suele decirse, raras veces abria la boca sin que todos se apresurasen á servirlo.—México es un país muy singular bajo ese aspecto, y D. Pedro conocia perfectamente á la mayor parte de nuestros hombres públicos.

—Dos minutos no mas, señor ministro.

—Señor D. Pedro, mi amigo, mi antiguo amigo! Usted nunca quita el tiempo á los que lo quieren bien.

—Dos minutos, dos minutos de tiempo, repitió D. Pedro, tomando la mano del ministro y llevándola á su pecho.

—Diga vd., diga vd., mi amigo; y el ministro com-

batido por intereses y pasiones, servirá á vd. en cuanto pueda.

—Es un asuntito de familia: se trata de alejar de aquí, por unos cuantos dias, á un oficial calavera y maleta, que me anda inquietando á mi Teresa: el oficial creo que tiene su cuerpo en Chihuahua.

—Pues que marche, mi amigo, y despejaremos la ciudad de tanto oficial sin ocupacion, que no quiere mas que andar en procesiones.

—Pero yo no quiero que se perjudique de ninguna manera, dijo D. Pedro, fingiéndose muy apesorado. A la muchacha la he mandado por prudencia á que dé un paseo, y... ¡pobres viejos! ¡buena guerra nos dan las muchachas!

—Bajo todos aspectos, dijo riéndose el ministro, será vd. servido. ¿Señor mayor? que se ponga ahora mismo una circular, para que todos los oficiales que se hallen en la capital, marchen á reunirse á sus cuerpos, y se dirija especialmente á ese capitán.

—Aquí está el apunte de su nombre, dijo D. Pedro; pues yo ni sabia cómo se llamaba, y apenas lo conozco.

—Que marche inmediatamente á prestar sus servicios á Chihuahua. ¿Desea vd. otra cosa, señor Don Pedro?

—Gracias, mil gracias, señor ministro, respondió D. Pedro, estrechándole cordialmente la mano; y salió de la secretaría.

Toma, María, dijo á la ama de llaves luego que entró á su casa; haz que de mi parte lleven este zahu-

mador de plata á casa del señor ministro de la Guerra, y que llamen al maestro barbero.

—Tengo un negocio muy urgente contigo, dijo D. Pedro en cuanto vió entrar al barbero.

—Mi amo puede ordenarme lo que guste.

—Yo sé que tú intervienes en ciertas cosas. La diligencia que salió antes de anoche de aquí á Veracruz, deberá ser asaltada.

—No señor, respondió resueltamente el barbero; mas al instante, arrepintiéndose de su ligereza, dijo: yo no sé por qué su merced me hace esas preguntas; y para hablarle con verdad... no sé.

—Tú lo sabes perfectamente, y no hay para qué negarlo, pues yo no te he de seguir ningun mal; lo único que quiero es, que me sirvas bien. El capitán está ya aliviado de su golpe, y tú nada me has dicho.

—Señor: juro á su merced que he hecho cuantas diligencias han sido posibles; pero ese diablo de la lavandera no me ha querido decir ni una palabra: sabia yo que estaba en cama, por Martin su asistente.

—Pues mira, probablemente el capitán se dirigirá uno de estos dias para Veracruz, y me importa que no llegue. No digo por esto que se le haga mal alguno; pero lo pueden tener por ahí oculto algunos dias; en fin, que no llegue, es lo que importa; y tú sabrás de qué medios te vales para ello. Que no llegue el capitán á Veracruz, es todo lo que te recomiendo.

El barbero se mordía un dedo sin responder.

—Parece que no te agrada mi encargo. Muy bien;

entonces tomaré otras medidas; dejaré la cosa así, y será lo mejor.

—Es decir, que mi amo quiere que si mis compañeros ó yo podemos, le demos un tiro al capitán, cuando menos lo piense.

—Gran bruto! yo no he dicho eso; lo único que deseo es que al menos en uno ó dos meses el capitán se vea imposibilitado de llegar á Veracruz.

—Es decir, volvió á insistir el barbero, que con darle una herida regularcita. ....

—Otra tontería! exclamó D. Pedro, dando una fuerte patada en el suelo. Será menester que dejemos el asunto por hoy; yo buscaré otra gente que me entienda.

—Si yo entiendo á su merced bien. .... lo que sucede es, que yo preguntaba. ....

—Bien! será menester que procures informarte con Martín el asistente, y que tú mismo vayas á hacer lo que te encargo, pues acaso otros irán á cometer una torpeza, y no quiero mas sino que no llegue á Veracruz.

—Muy bien, señor. Me permite su merced que le enseñe á tres muchachos muy guapos, que pienso que me acompañen?

—Sí, sí, dijo D. Pedro con indiferencia, con tal de que se vayan breve.

El barbero llamó á tres mocetones de no mal parecer, regularmente vestidos al estilo de los rancheros, y los presentó á D. Pedro.

—Vaya, dijo este, buena gente, guapos muchachos. ¿Y qué oficio tienen vdes?

—Pues, señor, somos picadores, vaqueros; busca mos la vida en lo que Dios nos da.

—Vaya, retírense, hijos; lo que se les ofrezca; yo soy amigo de servir á todo el mundo.

Mientras que D. Pedro decia esto, uno de ellos se acercó á tomarle la mano, y los dos restantes, cubriéndose uno con otro, extrajeron con la mayor agilidad y casi á la vista de D. Pedro y del barbero un par de cajitas. Despidiéronse, por fin, y cuando D. Pedro vió que bajaban la escalera, dijo: ¡Pobre capitán! no daría yo un octavo por su vida. Si escapa, irá sin duda al Morro de la Habana.

Este fué el acto de arrepentimiento de D. Pedro.

Es inútil decir que uno de los tres mocetones era el que asesinó al alcalde del barrio y le quitó el fistol de Rugiero, y que todos, incluso el barbero, fueron los que asaltaron la diligencia en que viajaban Manuel y Juan Bolao. Las cajitas robadas de la casa de D. Pedro, contenian el anillo y el retrato de Teresa; y estos despojos se proponian los ladrones venderlos en Veracruz ó en un lugar muy lejos de México.

Al día siguiente fué Quintanilla á decirle á Don Pedro, que Juan Bolao habia partido en la diligencia.

—En la diligencia? preguntó D. Pedro.

—Sí, ¿y qué?

—Soy el mas solemne bruto, gritó, dándose una palmada en la frente.

Bien! bien! ¿y qué ha sucedido? preguntó alarmado Quintanilla.